

*Lerele a*  
Lola Flores

SE CRUZA LA PURA ESABORICIÓN, ese solar desolado donde estuvo la antigua Plaza de Toros de Madrid, un páramo urbano del que se ve que han arrancado de cuajo un milagro, y luego, al cabo de los mil años, ha faltado gracia municipal para poner algo allí. Se cruza ese cráter flamenco, ese cementerio de olés y verónicas, y entrando en una calle descuidada, sin carácter, la de Povadilla, hay a la izquierda una casa con una verdulería abajo. Aquí vive Lola. Nada menos que Lola.

En el piso, grande y claro, parece que ocurre algo: un bautizo, una boda o un velatorio. Gente que va y que viene por los pasillos, por las habitaciones. Gitanos y gentes agitanadas. Cesáreo González, con su cabellera blanca y ondulada de gran productor a la Federica, me la presenta. Nuestra Lola está allí con un *sweater* blanco que la hace más morena, y una falda amplia.

—¿Coñac, café, un purito?

Suena una radio. Suena el teléfono. Suenan infinitos zapatos por los pasillos. Me saluda el Palmita, nuestro famoso Palmita, banderillero, cantaor, ahora representante de Lola Flores, con quien ha hecho toda la gira central por América. Me saluda el compositor Luis Gómez, a quien en sus primeros pasos ya profeticé claros designios. Me presentan a una linda muchacha muy joven, casi una niña:

—Aquí, la hermanilla. Se llama Carmen, y ha debutado en México con un éxito que ¡digo!

—¿Carmen Flores?

—Eso es, como la antigua. Ha dejado un novio en México, un novio muy formal.

Cuatro habitaciones comunicadas. Suelo con moqueta. Un bar. Cuadros simpáticos y malos. Vitrinas. Flores. Arañas aparatosas. Hay un desorden de campamento. Cruza la escena una gitana gorda y con gafas.

—¿Lo quiere usted solo o con leche?

—Pero siéntese usted aquí, aquí mismito.

Me siento en un gran sofá lleno de muñecos y de muñecas. Tengo que sentarme de perfil. Junto a mí, Lola. Un perfume intenso, un perfume moreno, poco líquido, como los perfumes africanos. Primera impresión que luego no falla: Lola es o está delgada, está o es inteligente y con carita de chico. Manos pequeñas que hablan tanto y tan claro como la boca.

—¿La primera vez que salía usted de España?

—Sí, salvo un pequeño viaje a Portugal. ¡Qué impresión al marcharme! ¡Dejar aquí tantos seres queridos! Total, no me llevaba a América nada más que a mi padre, a mi madre, a mi hermana, a mi tía...

—Claro, claro. ¿Cuándo fue aquello?  
 Palmita me contesta por ella:  
 —El 23 de abril de 1952.  
 —¿A Nueva York primero?  
 Ahora es Lola:  
 —A Nueva York, luego a México, después a La Habana, a Río de Janeiro... Así toda América.  
 Vuelve a interrumpir Palmita:  
 —¡Sin exagerar, Lola, sin exagerar! Toda América menos Chile.  
 Fotos de la llegada al aeródromo. Ella me las enseña todas, contenta como una niña. Ante una que está con la boca muy abierta, llorando, riendo, trágica y feliz:  
 —Esta foto es muy buena. ¡Y qué detalle! ¡Se me ve hasta la campanilla!  
 Lola Flores ha tenido —ya lo sabíamos todos— en América un triunfo delirante. En México se ha dicho que allí han llegado sólo tres grandes españoles: Hernán Cortés, Manolete y Lola.  
 —¿Iba usted segura de su éxito?  
 —No estoy nunca segura. Yo tengo siempre esa responsabilidad que da el temor. Cada vez que debuto tengo miedo hasta que suenan los aplausos de verdad.  
 —¿Puede haber aplausos de mentira?  
 —Sí; yo no los he oído todavía, pero un artista sabe cómo son los aplausos de verdad, los que salen del corazón, que no tienen nada que ver con los aplausos de la cortesía.  
 —América, ¿ha dejado en usted mucha huella?  
 —Mire, con las ganas que tenía de volver a España dejé América llorando.  
 —El recuerdo más perdurable de América, ¿cuál es?  
 —Los españoles, los refugiados españoles que gritaban con toda su alma ¡viva España! Me decían: «Lola, lo de menos es vivir en España, pero no morir en España sería horrible».  
 Hablamos de cine. Lola ha rodado en México *Penita, pena*, donde hay una canción de Luis Gómez, que ha sido su principal éxito: *Redoble español*.  
 —¿Más que el *Lerele*?  
 —El *Lerele* ya no lo canto. Con el *Lerele* me presenté en Madrid en el Fontalba en 1943. Pero entonces apenas sabía mover las manos y parecía que estaba echando azúcar.  
 Teléfono. Lola habla ahora con Paquita Rico. La recomienda menús para adelgazar:  
 —Oye, y, sobre todo, no hagas más que una sola comida a la una y media.  
 Vuelta a la sala. Nuevas gentes que salen de la habitación contigua.  
 —Aquí, mi madre.  
 Recuerdos de la infancia. El café de su padre en Jerez de la Frontera. Se llamaba Los Leones. Allí le cantaba a Lola, cuando Lola tenía ocho años, el Chaqueta. Cantaba por bulerías aquello de «Ya está la pava en el suelo...». Lola se educó entre gitanos y artistas. Ya la hacían bailar.



—Lola, ¿quería usted ser ya lo que después ha sido?

—Pues yo creo que sí. Quería llamarme Carmela. Me parecía el nombre más bonito del mundo. Jugaba con las niñas y yo les decía: «Yo me llamaba Carmela y cantaba en un teatro muy grande y llevaba todo el cuerpo lleno de perlas».

La vida luego. Dinero, mucho dinero.

—A mí no me importa nada el dinero. Me gustaría que esto se lo preguntara usted a los que me conocen. Mire usted: de los novios que he tenido ninguno ha tenido dinero. Todo lo que tengo me lo he comprado yo. Me gusta mi arte por sí mismo y por la independencia que me da. Joyas, pieles, todo viene de mí misma. Me gustaron siempre los hombres pobres.

—¿Y ahora? ¿Tiene usted el corazón desalquilado, Lola?

—No, señor.

—¿Cómo se llama?

—Rafaelito.

—Rafaelito ¿qué?

—Rafaelito Romero Marchén. Le hablo desde hace dos años, y es probable que hasta me case con él.

Más fotografías. Fotos de América. El espectáculo lo llevaron siempre los cuatro solos: Lola, Faico, su hermana y Paco Aguilera. Pregunta al magnesio:

—¿Qué lee usted, Lola?

—¿Cómo?

—Novelas, por ejemplo...

Lola es atrozmente sincera:

—No he leído nunca nada. Quizá no lo comprendiera. Me gusta más que leer oír hablar a gentes inteligentes.

Teléfono otra vez. Teléfono siempre. Teléfono cada cinco minutos.

—Lola, que si puedes ponerte.

Lola al teléfono:

—Que te vengas a comer y a cenar y a dormir... Que ya sabes que aquí tienes una casa.

Lola me enseña en sus vitrinas las cosas que ha comprado. Porcelanas. Hay de todo. Incluso un espejo roto.

—¿No es usted supersticiosa?

—Hombre, claro que no me gusta que me den la sal en la mano, ni que me hablen de las bichas, pero los espejos rotos me dan buena suerte desde una época muy mala, hace ya diez años, en que no tenía ni para comer y el mismo día en que se me rompió un espejo me salió un contrato.

—Dígame, Lola...

—Dígame usted.

—¿Quiénes considera precursoras de Lola Flores?

—Una artista excepcional sobre todas. Mejor no la dio el mundo.

—¿Pastora Imperio?

—Pastora Imperio. No hubo otra.

Anochece. Lola está más oscura con la luz eléctrica. Parece un ídolo. Un ídolo bonito. Brillan sus ojos.

—¿Qué le gusta más, bailar o cantar?

—Son..., ¿cómo se dice eso?

—¿Cosas complementarias?

—Eso, cosas complementarias para lo dramático. A mí me gusta más siempre lo dramático.

—¿Y usted es personalmente dramática?

—Quizá no. Soy alegre y sentimental.

—¿Y el amor? ¿El amor tiene algo que ver con el arte?

—Mucho. No se puede hacer arte sin estar enamorada.

—No se puede hacer nada sin estar enamorada, Lola. Ni cantar, ni oír, ni bailar, ni estar sentada.

—Ni hacer dulces.

*22 noviembre 1953*